

Una interpretación organizada de ese final de la obra se encuentra, expuesta en líneas brillantísimas, en el llamado "Libro Blanco" de la Inglaterra actual. En sus páginas puede leerse, entre otras cosas, "que el gobierno acepta como uno de sus principales fines y responsabilidades el mantenimiento de un alto y estable nivel de ocupación después de la guerra. Esto significa realizar una política de mantenimiento del gasto total".

El partido laborista inglés, por su parte, ha pretendido encauzar al hombre nuevo hacia objetivos ambiciosos y ciertos: ser o no ser, es el dilema de la criatura contemporánea, como lo fue en la época de Shakespeare. "No es lo importante, escribía Spengler, el estar bien nutrido, bien dispuesto y capaz de fecundación, como individuo o como pueblo, sino el para qué de esa buena disposición". Entre los Estados modernos, el único, tal vez, que sabe precisar la respuesta sobre el sentido de la vida humana, es el Estado británico. Allí ya no se pugna por mantener incólume el volumen del oro que deslumbrara al Príncipe de Marruecos; ni por exhibir presupuestos fabulosos a la luz de la técnica numérica: se trata de hacer la revolución al servicio del pueblo; de dignificar al hombre; de dotarlo de amor y de esperanza; de alta conciencia misional e histórica.

Esa enseñanza pródiga, comenzó a manar milagrosamente de muchos de los dramas y comedias de Shakespeare. El hombre, desde entonces, ha sabido que el dinero puede llegar a ser su esclavo algún día. Sólo que en nuestro tiempo cobra entidad dantesca la lucha entre la moneda y la sangre, sin poderse prever aún su término definitivo. Es paradójico y extraño que Inglaterra, tradicionalmente leal a la interpretación materialista de la economía, sea en esta época la abanderada de una política social, opuesta por entero al contenido de su criterio histórico. En cambio, los países aislados de su órbita, que han luchado a través de todos los tiempos por la defensa de la justicia y el derecho, caen ahora en la confusión y en la desesperanza.

Quizás la fórmula para recobrar el equilibrio perdido se encuentre, en gran medida, en William Shakespeare, quien, como lo sostuvo el viejo Hugo, quiso reflejar en sus obras la elemental y cósmica sabiduría cristiana. El reino del poeta pudo no haber sido de este mundo. Pero es la obligación de quienes nos movemos sobre su árida faz adolorida, ponernos en pie para seguir el camino revelado por el excelso mago de la cultura de occidente. El río tiene sed de sus aguas primitivas.

JORGE ECHEVERRI HERRERA

BOLIVAR Y LA CARTA DE JAMAICA

Por Arturo Posada Forero

Es quizás un sueño irrealizable pretender efectuar, en unas escasas líneas, el comentario a la vasta y abrumadora obra político-literaria del Inmortal Genio de América, ya que ella comprende más o menos lo que vamos a enumerar en seguida: poco más de 14.000 epístolas, gran cantidad de proclamas y arengas, varias piezas de la más elevada elocuencia parlamentaria, numerosos discursos y el "Delirio sobre el Chimborazo".

En este artículo nos ocuparemos en uno de sus escritos pertenecientes al llamado "género epistolar": La "Carta de Jamaica", la cual, en unión de la carta dirigida al mejor de sus cantores, don José Joaquín Olmedo, constituye verdadera obra maestra, que es un aporte valioso e incomparable para el Derecho Internacional Americano y para el citado ramo de la literatura: la primera por la profunda visión profética que encierra, y la segunda por la formidable crítica hecha en ella que muestra al Libertador como profundo conocedor y experto manejador de la técnica literaria y del idioma.

Habiendo sido víctima el Libertador de la envidia, la traición, la ambición, la falta de hombría y lealtad de algunos de sus subalternos en la plaza militar de Cartagena a principios de 1815, "para no promover una guerra civil" entregó el mando de sus tropas a los ambiciosos. Dicha falta de lealtad, de patriotismo y de unidad en las filas patriotas le ocasionó una gran decepción, una profunda amargura, una pena enorme, una tristeza sin límites, un dolor inigualable y un terrible y cruel decaimiento en su grande alma, que quería a toda costa y por sobre todos los obstáculos la felicidad y libertad de la patria. Tal cúmulo de penas lo llevó a salir del suelo patrio, atravesar el Caribe azaroso, para ir al ostracismo. Partió a mediados de mayo; al poco tiempo llegó a Jamaica, radicóse en Kingston, ciudad en que supo sobrellevar con gran resignación una vida dura, misérrima y llena de amargura en medio de la infinita desolación que circundaba su alma. Pero sus enemigos, que no tuvieron compasión de su doloroso destierro, tampoco aplacaron su saña satánica contra él, que por un ludibrio del destino no tuvo derecho a vivir tranquilo ni en su retiro solitario. En efecto, ellos comprometieron a un hombre de color para que lo eliminase; mas quiso la Providencia que el intento criminal se frustrase, ya que el eliminado no fue el Libertador sino un general, amigo suyo.



Estando en tan desfavorables condiciones en su "ostracismo activo", el Padre de la Patria "soltó la vena de su inspiración política" el 6 de septiembre de 1815 en su carta, llamada "De Jamaica", de contestación a la de un isleño inglés, hasta ahora para nosotros un interesado anónimo, pues, como decía el mismo Bolívar, era la "contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla".

La ya mencionada "Carta de Jamaica", el "Manifiesto de Cartagena", el discurso ante el Congreso de Angostura, y el "Mensaje sobre la Constitución de Bolivia" forman los pilares inmovibles sobre los cuales se sostiene, para no periclitarse nunca, el grande y sagrado templo del ideario bolivariano.

En esa "Carta" expresa el Campeón Suramericano todo su pensamiento, todos sus deseos, todas sus convicciones y todo lo que sentía y experimentaba interiormente, en medio de su tribulación acerca del pasado, del presente y del porvenir de nuestra tierra americana.

Comienza el Coloso de la Epopeya Americana su formidable epístola doliéndose por la falta de documentación, de libros y de conocimientos en "un país tan inmenso, variado y desconocido como el Nuevo Mundo" en que se encontraba; creíase —a la vez— incapaz para dar una carta de respuesta digna tanto de él —su autor— como del destinatario, diciendo que iba a arriesgarse a "ofrecer conjeturas más o menos aproximadas", pero nosotros no podemos considerar, ni llamar conjetura lo que con el correr de los años se ha trocado en magna realidad e innegable verdad, pues podemos decir, sin temor a equivocación alguna, que en este precioso documento no hay frase o palabra que no esté sostenida en lo que es o ha sido realidad. Porque Bolívar es la mejor expresión de la tierra americana.

El nos dió aquí verdaderas "ideas luminosas", reales expresiones de su caudaloso pensamiento que brotan sin cesar del torrentoso río de su inagotable número.

Desarrolla —como vamos a exponerlo en seguida— su carta el Héroe así: La inicia con un estudio somero y consecuente del pasado de la América, de las causas del odio o malquerencia que guardaba el americano de entonces hacia el peninsular y su patria, odio que para él sería irreconciliable; y es exactamente aquí cuando nos trae un estudio completo y concienzudo de las distintas causas, bien sean económicas, étnicas, telúricas, religiosas, políticas o de cualquier otra índole que contribuyeron a forjar ese odio de América a "esa desnaturalizada madrastra", como él llamaba a la España opresora e imperial. La investigación que nos presenta sobre el pretérito americano está basada en la realidad, es fría y desinteresada.

Entra en segundo plano a analizar la situación del momento que se estaba viviendo —distanciado de nosotros por la marcha presurosa e inconcebible del tiempo pero presente para él—. Narra las sangrientas y gloriosas luchas que cada pueblo de América llevaba a cabo para conseguir la preciada libertad. Se inicia con la Argentina, a la que considera vencedora; sigue con Chile, que luchaba con bizarría y valor ilimitado; luego con el Perú, que en esos momentos es el rincón de la América más leal a la causa de

la corona opresora; continúa con la Nueva Granada o, como él la llamaba, "El Corazón de la América", que estaba con valor digno de admiración soportando el oprobio de la Pacificación española bajo el mando de "la ignorante ferocidad del soldado a quien en mala hora confió España la pacificación de sus provincias ultramarinas"; luego con "la heroica y desdichada Venezuela", que se presentaba a la faz del universo hecha girones, despedazada, casi moribunda pero siempre llena de resolución y de heroísmo para el combate por los grandes ideales libertadores; prosigue con América Central, México y las Antillas, para concluir que estaba prendida y extendiéndose cada vez más la hoguera libertadora en América, y que ésta derramaba la preciosa sangre de los mejores de sus hijos para llegar algún día a ver la completa libertad, rotas las cadenas de la infame opresión.

Se ocupa luego en hacer un estudio de la situación de España, "que considera decadente", y sobre cuyo extenso y, en otra hora, glorioso imperio el sol de la grandeza dejaría pronto de iluminar, cediéndole el campo a las sombras de la decadencia causada por la falta de humanidad para tratar a sus súbditos.

Prosigue con un profundo estudio de la situación del Viejo Mundo respecto al proceder hispano en América. Le aconseja en esta parte a "la Europa civilizada" que por el "equilibrio del mundo" asegure la libertad del "Nuevo Continente, por cuanto que las "ventajas son recíprocas a entrambos hemisferios", pues no hay felicidad, comprensión y armonía cuando existe la opresión o la esclavitud; en seguida hace reprensión a Europa y a Norteamérica por su estado de neutralidad y despreocupación frente al magno problema de la libertad americana. Entra a hacer un estudio etnográfico y racial respecto a la población americana, realizando un paralelo entre la situación de este continente y la de Roma la civilizadora. Así se convierte en el sociólogo de esa muchedumbre americana oprimida, puesto que estaba llena de deberes y escasa de derechos debido a la administración despótica y absolutista que la regía; estudia y analiza la situación del criollo ante los grandes problemas que encontraba en su camino hacia la libertad; el estado de la corona, clama por la justicia e impreca y echa en cara a España su falta de humanidad en el trato de los americanos. Es, resumiendo, un estudio grave, severo, profundo, analítico, lleno de justicia, implacable, de gran corrección en el estilo, de honda concepción en la forma y de profundo sentimiento humanitario y patriótico.

Sigue su estudio el Libertador acerca del gobierno que cada nuevo Estado había escogido, en ese entonces; le pide a los pueblos americanos la unión, el centralismo y no el federalismo disolvente y anarquizante; nos muestra su optimismo y su fe en la suerte futura de la América. Rechaza de plano la monarquía, declarándose de una vez para siempre, antimonarquista por considerar la monarquía un proyecto inútil en este continente de la libertad, mostrando con ello Bolívar su carácter lleno de desinterés, sin ambición alguna de poder, lejos de todo personalismo. Formula de nuevo una súplica a su continente para que permanezca unido y pueda ser así el continente de la Libertad y de la Prosperidad, para que evite caer en la demagogia que engendra irremediablemente la anarquía, de la que a su vez emana la dictadura. Lo que aquí nos presenta su genio es verdad, serenidad, equidad, visión justa del porvenir.

Para dar fin a su Carta, expresa el Libertador --como él lo dice-- “el resultado de mis cavilaciones sobre la suerte futura de la América: no la mejor, sino la que sea más asequible”.

Ello es lo más interesante de la Carta, pues se trata de un completo y sintético estudio sociológico, económico, etnográfico y racial de cada uno de los países hispanoamericanos: estudia su carácter, sus costumbres, su raza, su economía y todo lo que puede influir de manera definitiva en la evolución de un pueblo.

Inicia este análisis con Méjico, el magnífico pueblo al que le tocó en suerte, no sólo el mejor de los conquistadores, el inigualable Cortés, cuyas hazañas son reflejo de la grandeza de su espíritu, la cual grandeza iba a heredar Méjico, su pueblo conquistado, sino también los mejores y más seleccionados gobernantes en la Colonia, quienes le imprimieron su peculiar carácter. Esa profecía bolivarinana al pueblo azteca refleja claramente el espíritu de profeta que inundaba al Libertador en sus aciagos días de Jamaica.

Sigue con Centroamérica, prediciendo la gran importancia de los canales que la tajarán para estrechar los vínculos amistosos de todos los pueblos del Universo, acortando las distancias oceánicas. Ya sueña el Padre Inmortal con que “acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra”, y esto tendrá que suceder tarde o temprano para que allí reunidos todos los pueblos de la tierra, teniendo como representantes a sus hombres de mayor capacidad intelectual y comprensiva, se aprendan a amar para poder vivir en paz, pero en una paz cristiana y verdadera, respetando los derechos individuales y sociales, evitando las luchas de toda clase y buscando siempre la justicia y la equidad para encontrar una parte de la felicidad, ya que la perfecta felicidad no la encuentra el hombre sino en un solo Sér, el único verdaderamente grande y soberano: Dios.

En esa soñada capital del Universo, fabricada por el genio del Inmortal Héroe, no solamente se discutirían los problemas del mundo entero sino que saliendo la solución conveniente a cada uno de ellos cumplirían los pueblos con la sagrada misión de venerar y dar culto a sus héroes sacrificados por la felicidad de sus pueblos para que, viviendo en armonía, causa del progreso, llegaran a la tan deseada y pocas veces alcanzada meta que tienen señalada.

Terminando la América Central, llega el Libertador al “corazón de la América” como llamaba a nuestra amada Colombia, que más tarde, cuando el Héroe estaba en su ocaso, había de ser la única de sus hijas que lo acogería para que frente al mar, con su mirada fija en el azul del cielo, diera su postrer gemido y entregara su espíritu combatiente y combativo al Sér Supremo, Señor de los Ejércitos.

Bolívar no puede dejar sola a la Nueva Granada, y siempre quiere que la suerte de ésta sea paralela a la de Venezuela, la patria que lo vio nacer. Quiere la unión de las naciones hermanas para que formen una “República Central” que, según su querer, debería llamarse “Colombia, como un tributo de justicia y gratitud al descubridor de nuestro hemisferio”; recomienda para dicha “Gran República” el estudio y aplicación de la Constitución In-

glesa, la más indicada para hacerlos felices, acomodándola a la índole de estos pueblos, cuyo espíritu, como él advierte, es muy voluble, muy tropical. Anota la desgraciada tendencia federalista que existe en ellos y el extremo partidismo que los aniquila y les sirve como ácido corrosivo, venenoso y tal vez mortal; en cambio de todo aquéllo, el Libertador les pide: Unión, Paz, Orden, Justicia y Libertad.

Ese gran sueño del Héroe sin tregua de la “Gran Colombia”, que algunos creen quijotesca quimera, en verdad es obra que exige sacrificios pero no irrealizable. Hay que vencer todas las dificultades para hacerla verdad y para que las palabras del Caudillo de la Revolución: “Quién sabe si aré en el mar y edificué en el viento?”, no tengan de parte de sus hijos una respuesta afirmativa, pues sería la mayor desgracia que pudiera caer sobre ellos y no sobre el Genio, cuya grandeza ya pertenece a la historia; dicha respuesta nunca ocultaría, ni opacaría, ni rebajaría su obra y sacrificio del pasado, que le proporcionaron la gloria imperecedera del porvenir.

Recomienda a estas naciones —como lo hizo con la Nueva Granada— el estudio y la aplicación de la Constitución de Inglaterra, que sería, ciñéndose a ella dentro de lo posible y con las reformas que las distintas circunstancias exigieran, la más indicada para hacer felices y gobernar con tranquilidad a estos pueblos grancolombianos, cuyo carácter es en extremo variable, ardoroso, batallador, vengativo, exaltado, falto de lógica y de razón en ocasiones; advierte la arraigada inclinación federalista que existe entre nosotros y el extremo sentimiento de partido que nos aniquila, insistiendo él en la Unión, la ansiada Unión!

Pedía poder ejecutivo electivo, puesto que no desconocía los sentimientos del pueblo. Y pedía —lo que necesitamos hoy con más urgencia que nunca— un parlamento que sirviera de apaciguador, de mediador “en las tempestades políticas entre las olas populares y las olas del gobierno”. ¡Cuán diferente de lo que estamos viendo hoy en nuestros parlamentos, si así puede llamárseles!

Sigue con la República del Plata, la gloriosa Argentina, Chile y el Perú, acertando en su observación sobre el espíritu militarista, inestable y revolucionario de tales países, a los cuales considera “acreedores a la más espléndida gloria”.

Su profecía al martirizado pueblo de los Araucanos es la más exacta. Al pueblo de los incas le profetiza su eterna historia: “la tiranía de uno solo”, porque el profundo conocimiento que de él tenía, le daba la autoridad requerida para emitir esta sentencia —quizás la más amarga de cuantas dió, pero la más llena de verdad.

Antes de llegar a su fin esta Magna Carta de la Profecía Americana, pide al Nuevo Mundo que forme una Confederación de todos sus Estados a la que debería dar por capital a Panamá que sería para nosotros “lo que Corinto es para los griegos”; anhelaba instalar allí un Congreso de todas las naciones del orbe para discutir sobre los grandes problemas de la humanidad y solucionarlos con estricta justicia y equidad inquebrantable para que el mundo pudiera vivir en paz. Por eso es Precursor no sólo del panamericanismo, sino de la antigua Sociedad de las Naciones, que subsiste en

la organización de las Naciones Unidas, la cual, como él lo quería, respaldada por la fuerza de las armas, busca que sus decisiones sean cumplidas, pues la imposición del derecho necesita como corolario la fuerza de las armas, medio indispensable para el mantenimiento de la paz y del orden, como así lo creía y profesaba el Genio.

Mas el Mundo no ha sabido o no ha querido comprender la gran visión del Titán Americano; de ahí que vaya de fracaso en fracaso en su lucha por lograr la tranquilidad, la armonía, la paz, el progreso y el sosiego universales.

Ya tocando a su fin el formidable opúsculo, pide el Padre de la Patria a su mimada, adorada y predilecta América, unión! Unión para completar la obra de la regeneración y reivindicación de los derechos americanos, que él había iniciado y que aún no ha concluido; unión a los partidos para trabajar por el bien común, que es el de la Patria; unión y comprensión a la masa; unión a las naciones para alcanzar el bien universal. Pero advierte que esa unión no puede venir por prodigio divino, sino que debe ser fruto de una labor que exige tenacidad, vigilia, esfuerzo, continuidad, atención, en una palabra, sacrificio que ennoblece haciendo más fuertes y gloriosos a los hombres. Pedía tal unión para ser libres y virtuosos, para obtener la gloria, para adquirir la prosperidad, para ser grandes, y para con esa virtud, con esa libertad, con esa gloria, con esa prosperidad y esa grandeza siempre unidad y siempre fuertes, ser humanamente felices.

Esta carta constituye la más acertada profecía que se ha escrito sobre pueblo alguno. Allí se muestra Bolívar como verdadero estadista, es decir, como completo legislador, gran capitán e inigualable visionario.

En ella —como lo acabamos de ver— estudia Bolívar imparcialmente, con un gran sentido de equidad y justicia, las cualidades, los defectos, las grandezas y miserias de nuestros pueblos, las causas que los engendraron y los efectos que han de producir. Su mente hierve de idealismo y profecía.

Y todo ello, ¿por qué lo expresaba Bolívar?

Porque nadie mejor que el Padre de la Patria ha logrado juntarse, unirse, amalgamarse con su tierra, ya que con él y sólo con él se funde y forma una sola alma: la América! Lo que ésta sentía, amaba, anhelaba y odiaba, él también lo sentía, odiaba, amaba y anhelaba; él sufría cuando ella sufría; se regocijaba cuando ella se tornaba alegre y jovial.

Bolívar se hizo aquí, y a lo largo de todos sus escritos y palabras está la expresión de la llanura, de la montaña, del río, de la quebrada, del cielo y del mar americanos. Fue fiel intérprete del sentimiento del pobre y del rico, del humilde y del potentado, del joven y del anciano, del hombre y de la mujer, del Nuevo Mundo.

En esta enorme Profecía, que es la Carta de Jamaica, el hombre que parece "haber sido creado por un decreto personal y nominativo del Eterno", el Héroe Epónimo, el Superhombre Americano, el Relámpago de la Guerra, el Anhelante de la Paz, el Forjador de la Libertad y Padre Inmortal en medio de la violenta tempestad que padecía su alma, tuvo el extraordinario momento del profeta y del vidente, del pensador y del escritor, porque si Bolívar es grande por su espada, no lo es menos por su pluma,

acero del pensamiento. Aquí el dominador de la espada se muestra también dominador de la lengua; presenta un estilo puro, en partes de gran sentimiento lírico, algo oratorio, de formidable orden, de gran método, de extrema claridad, de gran fluidez y precisión en las ideas que expone, de hondo sentimiento y profundo patriotismo.

Este documento demuestra gran erudición, y cada punto que toca está expuesto con sencilla y meridiana claridad. Constituye un escrito de enorme valor ideológico, filosófico, de gran armonía y moralidad en los conceptos e ideas que emite. El razonamiento es admirable por su lógica, no emplea artificio ninguno exagerado.

En esta "gigantesca visión aquilina del porvenir de América" adquirió Bolívar quizás una gloria superior a la que obtuvo con sus grandes hazañas militares, porque si éstas perpetuaron su memoria como guerrero, la Carta, que es asimismo una batalla de su pensamiento, le dió la gloria del estadista, del pensador, del vidente, en una palabra, le dió la gloria del perfecto hombre.

Este "Sueño de la Armonía Bolivariana", como lo llama el señor Suárez, es el sueño de la realidad americana; es algo más que un presentimiento, que un pensamiento, que una ilusión: es una realidad anticipada. Así Bolívar se hizo libertador al mismo tiempo que legislador, profeta y árbitro del destino de América. Es el legislador de la felicidad y el profeta de la verdad. Es aquí: Libertador de América, Fundador del Panamericanismo, Padre de la Gran Colombia, y de dos repúblicas más, y precursor de la organización de las Naciones Unidas.

Tenía razón el Maestro Valencia, cuando dijo de él: "No parece un hombre, es un dios", puesto que crea, gobierna, legisla, conserva, defiende y profetiza al mismo tiempo.

En este documento, que, como lo dijimos, es el primero y más importante de los cuatro que sobresalen para formar las bases de su ideología, echa los principios inmortales y básicos de ella, que son: JUSTICIA, LIBERTAD, ORDEN e IGUALDAD.

La carta jamaicana y el "Memorial de Agravios" del genio payanés Camilo Torres (que es también un gran estudio sociológico, etnológico y etnográfico), son los dos primeros documentos escritos en esta materia durante la época de preparación y desarrollo de la lucha por la libertad e independencia de nuestro país.

Después de haber escrito su gran profecía, y cuando muchos lo creían vencido y abatido para siempre, se levanta de su aparente reposo el "León Americano" con más bríos y más garra para la lucha, la cual habría de traerle nuevas decepciones y amarguras, pero también grandes triunfos y espléndida gloria, pues con su férrea voluntad lo vencía todo hasta arribar al pináculo de su carrera —su muerte— ya que ésta le abrió para siempre la gloria imperecedera en la que adquirió las formas perennes del mármol frío y del bronce inmortal, pues que él fue y sigue siendo "Voz de la Naturaleza, Grito de la Justicia y Genio de la Sabiduría".